

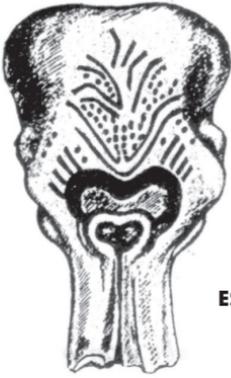
LOS HIJOS DE LA TIERRA®

Jean M. AUUEL



Los cazadores
de mamuts

MAEVA
RED



TAMBOR
cráneo de mamut
Mezhirich (Ucrania)

INSTRUMENTO MUSICAL

con distintos tonos,
hueso, paleta de mamut
Mezin (Ucrania)



ESCALA DE CABALLO
marfil de mamut, Lourdes





DOS FIGURAS DE MUJER-PÁJARO

marfil de mamut, Mezin



FIGURA DE MADRE

marfil de mamut
Kostienki (Ucrania)

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

EUROPA PREHISTÓRICA DURANTE LA ERA GLACIAL

Límite del hielo y cambio en las costas
alrededor del año 10000, divisor de eras.

Rumbo del deshielo durante el
Pleistoceno Superior, entre 35000
y 25000 años antes de nuestra era.

TERRITORIO DE LOS MAMUTOI CAMPAMENTO DE INVIERNO

CAZA DEL MAMUT

CAMPAMENTO DEL ÁMBAR

CAMPAMENTO DEL MAMUT

CAMPAMENTO DEL LEÓN

CAMPAMENTO DEL LOBO

Campamento del León

Zona de entrada: almacenamiento de combustible, utensilios y vestimentas exteriores.

PRIMER HOGAR: fogata para cocinar y espacio para reuniones.

SEGUNDO: *Hogar del León*

Talut, jefe

Nezzie

Danug

Latie

Rugie

Rydag

TERCERO: *Hogar del Zorro*

Wymez

Ranec

CUARTO: *Hogar del Mamut*: espacio para ceremonias, reuniones, proyectos, visitantes.

Mamut-chamán

Ayla

Jondalar

QUINTO: *Hogar del Reno*

Manuv

Tronie

Tornec

Nuvie

Hartal

Bectie

SEXTO: *Hogar de la Cigüeña*

Crozie

Fralie

Frebec

Crisavec

Tasher

SÉPTIMO: *Hogar del Uro*

Tulie, jefa

Barzec

Deegie

Druwez

Brinan

Tusie

(Tarneg)



1

Ayla, temblando de miedo, se estrechó contra el hombre alto que la acompañaba, mientras los desconocidos se aproximaban. Jondalar la rodeó con un brazo, en un gesto protector, pero ella seguía estremeciéndose.

«¡Es tan grande!», pensó ella boquiabierta, mirando al hombre que precedía al grupo; tenía el pelo y la barba de color fuego. Nunca había visto a nadie tan grande. Hasta Jondalar parecía pequeño en comparación, aunque lo cierto es que era mucho más alto que la mayoría. El pelirrojo que se acercaba a ellos no era solo alto: era enorme, un oso humano. Tenía el cuello abultado; su tórax era más amplio que el de dos hombres comunes y sus macizos bíceps equivalían al muslo de cualquier persona.

Ayla echó un vistazo a Jondalar y no vio miedo alguno reflejado en su cara, pero notó que sonreía con cautela. Eran desconocidos; en sus largos viajes había aprendido a ser cauteloso con ellos.

—No recuerdo haberte visto antes —dijo el hombretón sin preámbulos—. ¿De qué campamento eres?

Ayla se dio cuenta de que no hablaba el idioma de Jondalar, sino uno de los otros que él le había estado enseñando.

—De ninguno —dijo Jondalar—. No somos mamutoi. —Soltó a Ayla, dio un paso adelante y extendió las manos con las palmas hacia arriba para mostrar que no ocultaba nada, como muestra de saludo amistoso—. Soy Jondalar de los zelandonii.

No le aceptaron las manos.

—¿Zelandonii? Qué extraño... Espera, ¿no había dos forasteros hospedados en ese pueblo del río que vive hacia el oeste? Creo haber oído un nombre parecido.

—Sí, mi hermano y yo vivíamos con ellos —admitió Jondalar.

El hombre de la barba flamígera permaneció pensativo un rato. Después, de forma inesperada, se lanzó hacia el rubio alto y lo estrechó con un abrazo capaz de quebrarle los huesos.

—¡Entonces somos parientes! —tronó, con una amplia sonrisa que confirió calidez a su expresión—. ¡Tholie es hija de mi prima!

La sonrisa volvió a Jondalar, aunque algo trémula.

—¡Tholie! Una mujer mamutoi llamada Tholie era familiar de mi hermano. Ella me enseñó tu idioma.

—¡Por supuesto, ya te lo he dicho! ¡Somos parientes! —El gigante cogió las manos de Jondalar, rechazadas antes—. Soy Talut, jefe del Campamento del León.

Ayla notó que todo el mundo sonreía. Talut le mostró los dientes en una sonrisa y la observó apreciativamente.

—Veo que ahora no viajas con tu hermano —dijo el hombre.

Jondalar volvió a rodearla con un brazo; ella vio cómo aparecía en su frente una fugaz arruga de dolor antes de hablar.

—Se llama Ayla.

—Nombre extraño. ¿Es del pueblo del río?

Jondalar quedó sorprendido por la brusquedad de la pregunta, pero, al recordar a Tholie, sonrió para sus adentros. La mujer baja y fornida que él conocía guardaba muy poco parecido con ese hombre enorme que tenía ante sí, en la ribera, pero ambos estaban tallados del mismo pedernal: mostraban idéntica franqueza, el mismo candor nada tímido, casi ingenuo. No supo qué decir. No sería fácil explicar lo de Ayla.

—No. Ha estado viviendo en un valle, a varias jornadas de aquí.

Talut pareció desconcertado.

—No sé de ninguna mujer llamada así que viva en la zona. ¿Estás seguro de que es mamutoi?

—Estoy seguro de que no lo es.

—Entonces ¿de qué pueblo es? Solo nosotros, los cazadores del mamut, vivimos en esta región.

—No tengo pueblo —dijo Ayla, levantando el mentón con aire de desafío.

Talut la estudió intrigado. Ella había pronunciado aquellas palabras en su idioma, pero la cualidad de su voz, el modo de pronunciar los sonidos, eran... extraños. Desagradables no, pero sí poco comunes. Jondalar hablaba con el acento de un idioma que no era el suyo, pero la diferencia en el modo de hablar de la mujer iba más allá del acento. El hombrón sintió aguzado su interés.

—Bueno, este no es sitio para hablar —dijo, por fin—. Nezzie desatará sobre mí la ira de la Madre misma si no os invito a visitarnos. Los visitantes siempre traen un poco de entusiasmo y hace tiempo que no tenemos visitas. El Campamento del León os dará la bienvenida. Jondalar de los zelandonii y Ayla sin Pueblo, ¿queréis venir?

—¿Qué te parece, Ayla? ¿Te gustaría visitarlos? —preguntó Jondalar, hablando en zelandonii para que ella pudiera responder con franqueza, sin temor a ofender—. ¿No es hora de que conozcas a tu propia gente? ¿No es eso lo que Iza te indicó que hicieras? ¿Buscar a tu pueblo?

No quería parecer demasiado ansioso, pero llevaba mucho tiempo sin conversar con nadie más y le seducía aquella visita.

—No sé —dijo ella, frunciendo el ceño, indecisa—. ¿Qué pensarán de mí? Él ha querido saber cuál era mi pueblo. Yo no tengo pueblo. ¿Y si no les gusta?

—Les gustarás, Ayla, créeme. Sé que sí. Talut te invitó, ¿verdad? A él no le molestó que no tuvieras pueblo. Además, no podrás saber si te aceptan o si te gustan a menos que les des una oportunidad. Con gente como ellos debiste de haberte criado, ¿sabes? No es necesario que nos quedemos por mucho tiempo. Podremos marcharnos cuando queramos.

—¿Podremos marcharnos cuando queramos?

—Por supuesto.

Ayla bajó la vista al suelo, tratando de decidirse. Quería ir, pues se sentía atraída hacia ellos y experimentaba cierta curiosidad por conocerlos mejor. Pero también sentía un apretado nudo de miedo en el estómago. Al levantar la mirada, vio a los dos desmenados caballos de la estepa que pastaban la jugosa hierba de la llanura, cerca del río. Su temor se intensificó.

—¿Y qué haremos con Whinney? ¿Y si ellos quieren matarla? ¡No puedo permitir que nadie haga daño a Whinney!

Jondalar no había pensado en la yegua. ¿Qué diría aquella gente?

—No sé qué harán, pero no creo que la maten si les decimos que es algo especial, que no se debe comer. —Recordó su sorpresa y su sobrecogimiento inicial al descubrir la relación de Ayla con el animal. Sería interesante ver cómo reaccionaban ellos—. Se me ocurre una idea.

Talut no comprendía lo que Ayla y Jondalar estaban diciendo, pero sabía que la mujer se mostraba reacia y que el hombre estaba

tratando de convencerla. También notó que ella hablaba aquel otro idioma con el mismo acento raro. El jefe sacó la conclusión de que era el idioma del hombre, pero no el de ella.

Estaba cavilando sobre el enigma de la mujer (con cierto deleite, pues disfrutaba con lo nuevo y extraño, y lo inexplicable le parecía un desafío) cuando el misterio cobró una dimensión totalmente distinta. Ayla emitió un silbido alto y agudo. De pronto, una yegua pajiza y un potrillo de pelaje pardo, de rara intensidad, galoparon hacia el grupo, en dirección a la mujer. ¡Y permanecieron quietos mientras ella los tocaba! El hombre reprimió un escalofrío de respeto religioso. Aquello iba más allá de cuanto él conocía.

«¿Será Mamut?», se preguntó con mayor aprensión. Alguien con poderes especiales. Muchos de los que Servían a la Madre aseguraban poseer magia para llamar a los animales y dirigir la caza, pero él nunca había visto a nadie que dominara de ese modo a las bestias, al punto de hacerlas acudir a una señal. Ella tenía un talento inigualable. Resultaba un poco atemorizante, pero ¡cuánto podía beneficiarse un campamento con semejantes poderes! Cazar sería más fácil.

Talut apenas comenzaba a reponerse de su sorpresa cuando la joven le causó otra. Prendida a las rígidas crines de la yegua, saltó a lomos del animal y se sentó a horcajadas. La boca del hombrón se abrió a impulsos de la estupefacción que le embargaba, al ver que la yegua, con Ayla sobre el lomo, galopaba a orillas del río. Seguidas por el potro, ambas corrieron por la cuesta hasta las estepas. La maravilla reflejada en los ojos de Talut podía observarse también en el resto del grupo, sobre todo en una niña de doce años, que se adelantó hacia el jefe y se recostó contra él como si buscara apoyo.

—¿Cómo ha hecho eso, Talut? —preguntó con la vocecita llena de asombro, respeto y algo de ansiedad—. Aquel caballito estaba tan cerca que casi habría podido tocarlo.

La expresión de Talut se ablandó.

—Tendrás que preguntárselo a ella, Latie. O tal vez a Jondalar —dijo, volviéndose hacia el hombre alto desconocido.

—Yo mismo no estoy seguro —replicó este—. Ayla mantiene una comunicación especial con los animales. Ha criado a Whinney desde que era una potranca.

—¿Whinney?

—Es el nombre que ha dado a la yegua, tal como yo puedo pronunciarlo. Cuando lo dice ella parece como si fuera un relincho. El potro se llama Corredor. El nombre se lo puse yo, ella me

lo pidió. Así llamamos los zelandonii a quien corre mucho; también al que se esfuerza por ser el mejor. La primera vez que vi a Ayla, estaba ayudando a la yegua a parir al potrillo.

—¡Vaya espectáculo! Nunca habría creído que una yegua dejara acercarse a nadie en ese momento —dijo uno de los hombres.

La demostración tuvo el efecto que Jondalar había esperado. Entonces le pareció el momento adecuado de sacar a relucir los temores de Ayla.

—Creo que ella querría visitar tu campamento, Talut, pero teme que vosotros deis caza a sus caballos y, como no tienen miedo a la gente, sería muy fácil matarlos.

—Parece haber adivinado lo que yo estaba pensando, pero ¿quién no lo haría?

Talut observó a Ayla, que reaparecía a la vista como un extraño animal, mitad humano y mitad caballo. Era una suerte no haberlos visto de improviso; se habría sentido... inquieto. Por un momento se preguntó cuál sería su aspecto a lomos de su caballo, cuando ya de por sí resultaba imponente. De inmediato, al imaginarse a horcajadas de un caballo de la estepa, fuerte pero bajo, soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Sería más fácil que yo llevara a esa yegua que conseguir que ella me llevara a mí! —observó.

Jondalar rio entre dientes. No era difícil seguir el pensamiento de Talut. Algunos sonrieron o rieron por lo bajo, y el forastero comprendió que todos habían estado pensando en montar. Lo cual no era sorprendente. También se le ocurrió a él cuando vio por primera vez a Ayla a lomos de Whinney.

AYLA OBSERVÓ LA expresión de sobresaltada sorpresa en los rostros del grupo. De no haber sido porque Jondalar la estaba esperando, habría continuado galopando hasta llegar a su valle. Había conocido demasiada reprobación en su niñez por actos considerados inaceptables; y demasiada libertad más adelante, mientras vivía sola, como para someterse a las críticas por seguir sus propias inclinaciones. Estaba dispuesta a decirle a Jondalar que, si deseaba visitar a aquella gente, lo hiciera, porque ella regresaba al valle.

Pero al volver vio que Talut aún reía por lo bajo, imaginándose montado en la yegua. Entonces lo pensó mejor. La risa se había convertido en algo precioso para ella. En los tiempos vividos con el clan no se le había permitido reír, pues eso ponía a la gente

nerviosa e incómoda. Solo con Durc, en secreto, había podido reír con ganas. Fueron Bebé y Whinney los que le enseñaron a disfrutar de la sensación de la risa. Pero Jondalar había sido la primera persona que la compartió abiertamente con ella.

Contempló a su compañero, que reía con Talut. Él levantó la vista con una sonrisa, y la magia de sus ojos vívidos, increíblemente azules, tocaron dentro de ella un punto muy hondo, que resonó con un fulgor cálido y cosquilleante; Ayla sintió un gran impulso de amor hacia Jondalar. No podía volver al valle sin él. La mera idea le presionaba la garganta, ahogándola, lastimándola con el dolor ardiente de las lágrimas contenidas.

Mientras cabalgaba hacia ellos notó que, si bien Jondalar no era tan corpulento como el pelirrojo, tenía casi la misma altura que los otros tres hombres y una complexión más atlética. De pronto notó que uno de los otros era todavía un adolescente. Y quien los acompañaba, ¿era una niña? Se sorprendió a sí misma observando con disimulo al grupo, tratando de no clavar la vista en él.

Los movimientos de su cuerpo indicaron a Whinney que debía detenerse; pasó la pierna por encima del lomo y se deslizó al suelo. Ambos caballos parecieron ponerse nerviosos ante la proximidad de Talut; entonces ella acarició a Whinney y rodeó con el brazo el cuello de Corredor. Necesitaba la presencia familiar y tranquilizadora de los animales tanto como ellos la suya.

—Ayla sin Pueblo... —dijo el jefe. No estaba seguro de que fuera un modo correcto de llamarla; sin embargo, dado el extraño talento de aquella mujer, bien podía serlo—. Jondalar dice que temes el daño que puedan sufrir tus caballos si nos visitas. Digo aquí que, mientras Talut sea el jefe del Campamento del León, ni la yegua ni su cría sufrirán daño alguno. Me gustaría que vinieras y trajeses a los animales. —Su sonrisa se ensanchó en una carcajada—. ¡De lo contrario, nadie nos creería!

Ayla se sentía ya más tranquila al respecto, y sabía que Jondalar deseaba hacer esa visita. No tenía verdaderos motivos para negarse y le atraía la risa fácil y amistosa del corpulento pelirrojo.

—Sí, yo voy —dijo.

Talut asintió, sonriendo. Le intrigaban aquella mujer, su acento y su asombrosa manera de entenderse con los caballos. ¿Quién era Ayla, la mujer sin Pueblo?

Ayla y Jondalar, acampados junto al impetuoso río, habían decidido aquella mañana, antes de encontrarse con el grupo del Campamento del León, que ya era tiempo de retornar. El curso

del agua era demasiado grande para cruzarlo sin dificultad; tampoco valía la pena, si pensaban dar la vuelta y desandar el camino. La estepa, al este del valle donde Ayla había vivido sola durante tres años, era más accesible, pero la joven no se había molestado en recorrer con frecuencia el dificultoso sendero que salía del valle, hacia el oeste; por lo tanto, conocía muy poco aquella zona. Aunque en un principio partieron con rumbo hacia el oeste, no se habían fijado meta alguna y acabaron viajando hacia el norte; después, hacia el este, mucho más allá del territorio que Ayla había recorrido en sus cacerías.

Jondalar la convenció para que efectuara la exploración con él, a fin de acostumbrarla a viajar. Quería llevarla consigo, pero su patria estaba lejos, hacia el oeste. Ella se había mostrado reacia; le asustaba abandonar su valle seguro para vivir con gente desconocida, en un lugar extraño. Aunque él estaba deseoso de regresar, después de haber estado viajando durante tantos años, se había resignado a pasar el invierno con ella, en el valle. El viaje de retorno sería largo; bien podía durar un año entero, y era preferible, de todos modos, partir a finales de primavera. Estaba seguro de que, para entonces, la habría convencido de que lo acompañara. Ni siquiera deseaba pensar en cualquier otra alternativa.

Ayla lo había encontrado malherido, casi muerto, al iniciarse la estación calurosa que ahora terminaba; comprendió enseguida la tragedia que él había sufrido. Se enamoraron mientras ella le devolvía la salud, aunque tardaron mucho en superar las barreras de sus culturas, tan distintas. Todavía se hallaban cada uno de ellos en la fase de aprender las costumbres y los usos del otro.

La pareja terminó de levantar el campamento y, para sorpresa e interés de los que esperaban, cargó las provisiones y equipos en la yegua, en vez de llevarlos a la espalda en sacos o armazones. A veces montaban los dos en la yegua, pero Ayla pensó que Whinney y el potrillo se pondrían menos nerviosos si la tenían a la vista. Los dos caminaron tras el grupo; Jondalar llevaba a Corredor con una larga soga, atada a un freno que él mismo había inventado. Whinney seguía a Ayla sin necesidad de guía alguna.

Siguieron durante varios kilómetros el curso del río, cruzando un ancho valle que descendía desde los prados circundantes. La hierba enhiesta les llegaba hasta el pecho, con las semillas maduras cabeceando al viento, henchido en olas doradas que seguían el ritmo de las ráfagas caprichosas, que llegaban desde los grandes glaciares del norte. Unos cuantos pinos y abedules retorcidos y

nudosos se acurrucaban en las estepas abiertas a lo largo de los ríos, cuyas raíces buscaban la humedad cuando los vientos eran abrasadores. Cerca del río, los juncos aún estaban verdes, aunque el viento helado repiqueteaba entre las ramas caducas, desprovistas de follaje.

Latie se retrasaba para echar, de vez en cuando, un vistazo a los caballos y a la mujer; por fin divisaron a varias personas más allá de un meandro. Entonces la niña echó a correr, pues quería ser la primera en anunciar a los visitantes. Ante sus gritos, la gente se volvió y se quedó boquiabierta.

Otras personas estaban saliendo de algo que, a los ojos de Ayla, semejaba un gran agujero en la ribera, una especie de cueva, pero distinta de cuantas había visto hasta entonces. Parecía haber brotado en la cuesta que descendía hacia el río, pero no tenía la forma desigual de la roca o las barracas de tierra. Sobre el techo crecía la hierba, pero la abertura era demasiado regular y tenía un aspecto extraño, antinatural. Se trataba de un arco perfectamente simétrico.

De pronto, se dio cuenta de algo. ¡No era una cueva y aquella gente no era del clan! No eran como Iza, la única madre que ella podía recordar, ni como Creb o Brun, bajos y musculosos, de ojos grandes, sombreados por tupidas cejas, con la frente inclinada hacia atrás y una mandíbula prominente sin barbilla. Aquellas personas eran como ella, como imaginaba que tuvo que ser su madre. Su madre, su verdadera madre, debía de haberse parecido a aquellas mujeres. ¡Eran los Otros! ¡Ese era su lugar! Aquella apreciación le provocó un arrebato de entusiasmo y un cosquilleo de miedo.

Un silencio saludó a los forasteros y a sus extrañísimos caballos cuando llegaron a la residencia invernal permanente del Campamento del León. Pero, de repente, todos parecieron hablar al mismo tiempo.

—¡Talut! ¿Qué nos has traído ahora?

—¿De dónde sacasteis esos caballos?

—¿Qué les habéis hecho?

Alguien se dirigió a Ayla:

—¿Cómo haces para que no se vayan?

—¿De qué campamento son, Talut?

Aquella gente ruidosa y gregaria se adelantó en grupo, ansiosa de ver y tocar tanto a los forasteros como a los animales. Ayla se sintió abrumada y confusa. No estaba habituada a tanta gente, así

como tampoco estaba acostumbrada a oír hablar, sobre todo a que todos hablaran al mismo tiempo. Whinney se iba apartando de costado, moviendo las orejas y con el cuello arqueado, tratando de proteger a su aterrado potrillo, intimidado por la gente que se apretujaba alrededor.

Jondalar notó la confusión de Ayla y el nerviosismo de los caballos, pero no podía hacérselo entender a Talut y a los suyos. La yegua sudaba y agitaba la cola, moviéndose en círculos. De pronto, no pudo soportarlo más y se encabritó, relinchando de miedo; sus cascos, alzados al aire, echaron a la gente hacia atrás.

La inquietud de Whinney centró la atención de Ayla. La llamó por su nombre, con un sonido que era como un relincho consolador, haciendo los gestos de que se había servido para comunicarse antes de que Jondalar le enseñara a hablar.

—¡Talut! Nadie debe tocar a los caballos a menos que Ayla lo permita. Solo ella sabe dominarlos. Son mansos, pero la yegua puede mostrarse peligrosa si se la provoca o si cree que su hijo corre algún riesgo. Podría lastimar a alguien —advirtió Jondalar.

—¡Atrás! Ya habéis oído —gritó Talut, con voz tonante, haciendo callar a todos. Cuando gente y caballos se tranquilizaron, continuó con voz más normal—: La mujer se llama Ayla. Le he prometido que los caballos no sufrirán daño alguno si venían a visitarnos. Lo prometí como jefe del Campamento del León. Este es Jondalar de los zelandonii, pariente, hermano del compañero de Tholie. —Por fin, con una sonrisa de satisfacción, agregó—: ¡Qué visitantes ha traído Talut!

Hubo gestos de asentimiento. Todos permanecieron alrededor mirando con auténtica curiosidad, pero lo bastante lejos como para evitar los cascos de la yegua. Aunque los forasteros se hubieran marchado en ese momento, ya habían causado interés y los comentarios se prolongarían durante años. En las Reuniones de Verano se había hablado de dos hombres desconocidos que estaban en la región, viviendo con la gente del río, al sudoeste. Los mamutoi comerciaban con los sharamudoí y desde que Tholie, que era su pariente, había elegido a un hombre del río, el Campamento del León se había interesado aún más. Pero nadie esperaba que uno de los forasteros llegara a su campamento, y mucho menos con una mujer que tenía cierto dominio mágico sobre los caballos.

—¿Te sientes bien? —preguntó Jondalar a Ayla.

—Asustaron a Whinney y también a Corredor. ¿Suele la gente hablar siempre así, todos al mismo tiempo? ¿Hombres y mujeres